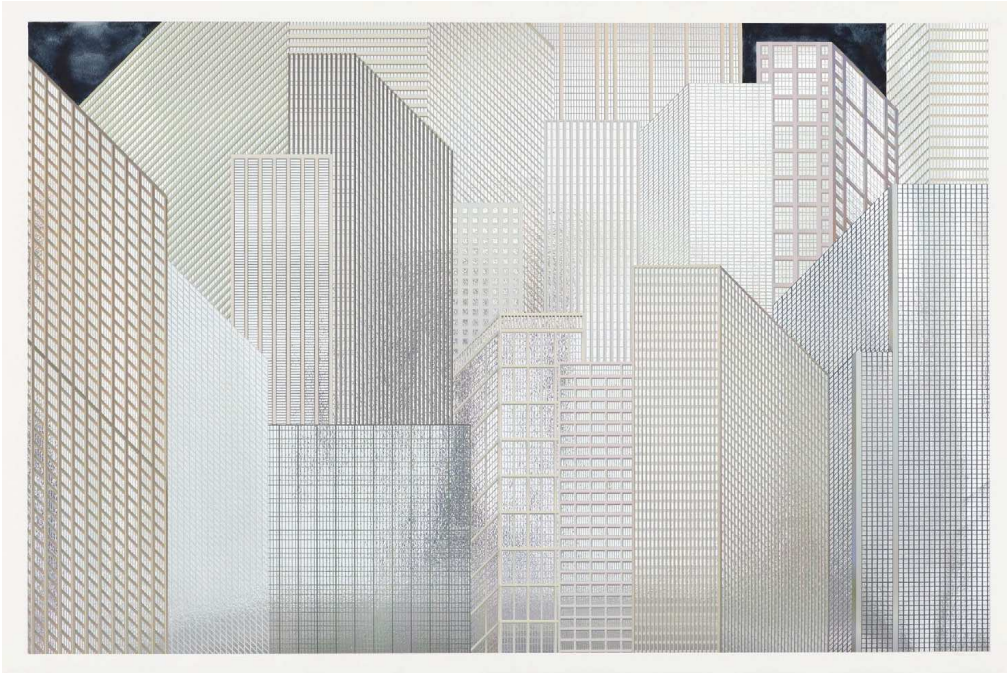


# CULPA MODERNA



**Ismael Blanco**

LIYO editora

**culpa moderna**

Blanco, Ismael  
*Culpa moderna* - Primera edición - Bahía Blanca  
Liyo editora, 2017  
35 pp.

ISBN: no tiene, es una edición casera.

Título: 2. Literatura

Ilustración de tapa: "You (Kaleidoscope no.2)" de Ma Qiusha

Ilustraciones del primer texto: sacadas del tumblr /revistaliyo

Primera edición: Junio 2017

© Blanco Ismael

© Liyo editora

[www.liyo.wordpress.com](http://www.liyo.wordpress.com)

IMPRESO EN ARGENTINA / PRINTED IN ARGENTINA

No queda hecho el depósito que previene la ley 11.723

## Índice:

Prefacio (por Leopoldo Veres).....	5
No puedo escribir poemas.....	6
Papeles sobre la pobreza.....	15
Auditoría.....	35

## Prefacio

Por Leopoldo Veres

Ismael Blanco construye dos voces retóricas y las articula bajo el nombre *Culpa moderna*. El adjetivo es ambivalente: por un lado puede leerse como sinónimo de “contemporánea”; los textos se presentan con una trama elástica, de carácter fragmentado, como si Blanco tuviera el ojo puesto en la textualidad del entorno digital. Pero por otro remite a la modernidad en términos literarios: formalmente evidencian un carácter autorreflexivo y “Papeles sobre la pobreza” señala su máscara al representar, en un abismo, un escritor que escribe. El sustantivo “culpa”, por su parte, se relaciona con un fondo que atraviesa las dos voces y que tiene un evidente peso moral.

En cuanto a la datación de los textos (2006 y 2010) cabría pensar algo en términos políticos. Para György Lukács (y por extensión para Bertolt Brecht), el problema con Kafka es su pesimismo, es decir, la falta de una perspectiva progresista –sí presente en Balzac o Goethe– incluso en un contexto desalentador, de decadencia capitalista, guerra mundial y fascismo. A partir de esa clave que propone Lukács para leer las manifestaciones artísticas, me pregunto si necesariamente hay que producir una literatura optimista. Al revés de lo que proponía Lukács –hacer obras acabadas, totales, para criticar la realidad fragmentada y alienante del presente– se pueden hacer obras por contraste en un presente de estabilidad socioeconómica, a partir de la representación de una realidad desencantada o incluso decadente, como testimonio de cierta potencialidad de la cultura, de lo que siempre *puede ser* una organización social, política, y que eso no sea, necesariamente, una crítica al estado de cosas del momento o incluso específicamente a un gobierno de turno. La pregunta, enunciada en términos temerarios, podría ser por lo que Brecht (ya no Lukács) puede aprender de Kafka. Más allá de la reticencia para con su pesimismo histórico, puede aprender, justamente de ese pesimismo, algo acerca de los peligros de su historia contemporánea, como la burocracia alienante o las profecías ciegas acerca de una policía secreta nazi o soviética, y eso no ir en desmedro de una idea progresista de la historia. Ernst Bloch escribió, en respuesta al ataque de Lukács contra el expresionismo: “¿No existen relaciones dialécticas entre la decadencia y el ascenso? ¿No hay aquí también materiales de transición de lo viejo a lo nuevo?”. De ahí, la pregunta que en realidad me quería hacer: ¿no somos acaso los de la generación de Blanco, políticamente formados durante el kirchnerismo, hijos de diciembre del 2001?

6 de junio de 2017

## No puedo escribir poemas

No puedo escribir poemas. No me desvela no poder escribir poemas. Incluso diría que no quiero escribir poemas. El colectivo tarda media hora hasta llegar allá. Desde la ventanilla puedo ver el centro y cómo se une la parte norte con la parte sur de la ciudad. Y en este trayecto (las ocasionales veces que lo hago) pienso cosas. Cosas dispares. “No puedo escribir poemas”, por ejemplo. “Volví a agarrar los lentes negros”, por ejemplo. ¿Volví a agarrar los lentes negros? Sí, los agarré otra vez, después de mucho tiempo y los guardé en el bolso. ¿Por qué hace tanto que no uso lentes negros? Quiero usar lentes negros. Quiero sentirlos puestos otra vez. Mañana a la mañana voy a bajar (estoy yendo a una parte alta de la ciudad) y voy a comprar una cerveza con el sol de frente y voy a mirar para el costado cuando el tipo que me da la cerveza por una ventana enrejada se vaya para adentro: voy a ver una publicidad pintada a mano en un paredón, va a pasar un colectivo viejo, zumbando, echando humo negro y voy a pensar que tengo puestos los lentes negros, esperando una cerveza, abajo (me voy a dar cuenta de que tengo que subir) y voy a ver que el tipo se acerca a la ventanita y me pregunta “¿algo más?”. “Sí”, le voy a contestar, “dame un atado de cigarrillos” (voy a pensar cuánto tengo en la billetera) “Chesterfield”. Y el tipo va a volver para adentro y me va a traer un atado de cigarrillos Chesterfield. “Tengo los lentes puestos”, voy a pensar mientras suba con la botella en la mano. Quiero tener los lentes puestos. ¿Por qué hace tanto que no usaba lentes negros? Quiero usar lentes negros cuando sea de día. Quiero usar lentes negros a la mañana. Quiero, algún día, estar despierto a la mañana. Quiero estar en el centro cuando esté despierto usando lentes negros. Quiero estar sentado en la plaza viendo cómo la gente va a lugares mientras sé que el día recién empieza y estoy usando lentes negros. Quiero fumar un cigarrillo mientras esté sentado en la plaza y la gente pase en distintas direcciones. Tengo que entrar al club Olimpo en algún momento de esa mañana. Tengo que volver al club Olimpo antes de las once de la mañana. Tengo que entrar al hall con los lentes puestos. Tengo que sacarme los lentes una vez transpuesta la entrada. Tengo que mirar de reojo las ventanillas de atención. Tengo que parar un momento y mirar el cuadro inmenso que hay en alguna de esas paredes del hall con la foto de un jugador de básquet que está gritando un doble, en blanco y negro, expresivo. Tengo que caminar un poco y pasar al segundo nivel. Si no hay nadie tengo que quedarme un rato ahí (no mucho) mirando la pista de patinaje, los círculos que se van abriendo y se confunden con otros círculos pintados de colores más suaves. Tengo que seguir caminando y pasar al tercer nivel y quedarme un rato (no mucho) mirando la cancha vacía de pelota paleta, larga, el paredón, la línea que separa las pelotas buenas de las malas, los puntos marcados en la pared. Tengo que seguir caminando y pasar al cuarto nivel en donde están los vestuarios y pasar rápido, doblar a la derecha, llegar al final del pasillo y volver a doblar a la derecha, hacer cinco metros aproximadamente en otro pasillo oscuro, doblar a la izquierda y agarrar el último pasillo, el más largo, el que da a la salida de atrás y caminar un poco y llegar hasta la puerta que da a la tribuna de la pileta. Tengo que entrar y llegar al último nivel, donde hace calor, donde hay vapor en el aire, olor a cloro, y subir hasta el último escalón de la tribuna y sentarme un

rato. Ahí tengo que ver la pileta, gente nadando, las puertas que dan a los vestuarios por donde acabo de pasar. Tengo que sentir calor. Tengo que transpirar. Estar, como mínimo, dos minutos sentado. Y una vez que pasen esos minutos tengo que volver a los pasillos, salir por la puerta y doblar a la izquierda (no a la derecha como sería previsible) y caminar hasta la segunda salida, la que da a Rodríguez, encontrarla cerrada y entonces ahí sí, tengo que volver sobre mis pasos y recorrer el camino de vuelta pero en sentido inverso a como lo hice hace un rato y volver a salir por donde entré, y tengo que darme cuenta de que todavía es temprano, de mañana, y tengo que ponerme los lentes de sol cinco pasos antes de salir del club definitivamente, para no estar en ningún momento afuera y con los ojos al descubierto.

Tengo que viajar. Me haría bien viajar. Tendría que viajar no a una ciudad sino a un lugar tranquilo. Tengo que viajar a Buenos Aires. Dentro de unos días tengo que viajar a Buenos Aires, pero cuando vuelva, a eso me refiero, tengo que irme a otro lado, a algún lugar con playa o sierras, a una cabaña (puedo conseguir una por un pariente que está afiliado a un sindicato) y tengo que irme unos días pero con un ácido encima. Esa es la condición. Me voy de viaje si consigo un ácido en estos días. Facundo va a conseguir un ácido en estos días. Si consigue un ácido Facundo me va a llamar. Y le voy a decir que puedo conseguir una casa con playa o sierras y que podemos ir unos días a tomarlo ahí. Podemos decirle a alguien más. A Baltasar. A Ignacio. Y ser un grupo tomando ácido en las sierras. Pero va a ser dentro de un tiempo, cuando Facundo consiga el ácido y yo me ponga a llamar por teléfono para conseguir la cabaña. De eso voy a hablar más adelante cuando haya pasado y haya vuelto y tenga la cabal idea de lo que pasó realmente. Pero ahora no tengo ningún ácido ni ninguna cabaña y me estoy por ir a Buenos Aires, y de eso capaz también hable pero cuando haya pasado y haya vuelto y pueda contar todo desde otra óptica, con la distancia adecuada y la capacidad de contar las cosas sin tener que después arrepentirme. Estoy mirando en mi libreta (en sentido figurado). Este último párrafo es diagramático, programático: veo lo que voy a hacer en un futuro no muy lejano (viaje a Buenos Aires en tres días y cuando vuelva puedo planear el otro viaje).

Suelo pensar en estructuras que se van repitiendo. Suelo pensar en estructuras como puestas en abismo que se repiten. Suelo pensar con estructuras básicas. A veces incluso pienso en sujeto-verbo-objeto. Suelo pensar cosas. A veces creo ver algo más en lo que se repite, en las estructuras que se repiten entre sí y en lo que hay adentro de cada una, que a su vez se repite en formas básicas. A veces creo que todo es una excusa. Lo que digo es una excusa para que aparezcan las estructuras. Si miro por la ventanilla veo gente. Y veo, también, que hace frío. Y pienso que tengo un par de lentes oscuros en mi bolso. Yo pienso algo. Pienso que tengo lentes negros en mi bolso. Puedo pensar con cláusulas subordinadas pero cuando lo hago siento que se me están perdiendo cosas, como en un pliegue. Si digo "yo pienso cosas" todo es más claro. El colectivo dobla a la derecha cuando llega a Sócrates. Estoy subiendo otra vez, como cuando subo en esas veces ocasionales. El colectivo dobla a la izquierda cuando llega a Necochea. Puedo decir lo que quiera porque adentro de mi cabeza nadie lo va a escuchar. El colectivo ahora va a subir hasta una especie de villa. Pero antes pasa por el neuropsiquiátrico de Necochea. El neuropsiquiátrico es rojo y blanco. Alguien mira televisión adentro. Cuando pienso a veces también pienso con adverbios.

Hay gente que está durmiendo en el neuropsiquiátrico de Necochea, justo hoy que está nublado y que llevo un par de lentes negros en el bolso.

El colectivo dobla por una de estas calles que ya no sé cómo se llaman. Y sube, porque el terreno va subiendo. Y se ven casas precarias ordenadas hacia arriba como en una favela. Siempre me llamó la atención, pero nunca me detuve a pensar seriamente en la estética de estas casas. Y mucho menos en lo que podrían llegar a significar. Siempre me excitó perder. Cuando era chico me excitaba perder. Ahora también me excita perder. Es raro, pero cada vez que veo la construcción de estas casas me acuerdo de que me excita perder. Y que podría sentir mucho placer adentro de estas casas precarias. El colectivo llega a unas canchas de fútbol y el espacio se abre y pueden verse las casas subiendo en construcciones precarias. Es raro, porque nunca me detuve a pensar en la estética de estas casas. Y en este viaje primero fue Diego que me dijo mirando por la ventana de la casa de Brian: "este barrio es cualquiera, las casas suben como en la villa". Y después, más tarde (creo que ya era de día) lo dijo el May: "las casas estas son cualquiera". Hay viento. Desde la ventana de la casa de Brian hay viento y se ven las casas. La gente de ahí arriba tiene revólveres. Esto me lo dijo Brian antes de que me fuera, cuando estaba mirando por la ventana y sentía cómo era ser un idiota o un mogólico. Dormí en la casa de Brian. Diego también durmió en la casa de Brian. Me desperté a media noche mientras dormía en casa de Brian. Me despertaron las puntadas en el pecho. Cada tanto me despiertan unas puntadas en el pecho. Cuando me vienen las puntadas tengo que levantarme y quedarme sentado un rato. Mientras estaba sentado miré las construcciones del barrio de Brian por la ventana. Y me acordé de que cuando era chico me excitaba perder. Después pude dormir unas horas y me volvieron las puntadas. Después dormí unas horas más y volvieron las puntadas en el pecho y en la garganta. Antes de irme de la casa de Brian esperé el colectivo, de nuevo desde la ventana atento a que apareciera por la calle de tierra. Y tenía una campera abrigada. Y un pantalón negro y viejo. Y unas zapatillas grandes y viejas pero abrigadas. Y una mochila con cosas adentro. Y tenía guantes puestos. Y un vaso que me había regalado Brian metido en una bolsa. Y cuando Brian vio que lo había metido en una bolsa se rió. Y yo le dije que lo hacía para darle miedo a la gente. Y Brian me contestó que la gente de ahí arriba tenía revólveres. Y me quedé mirando por la ventana un rato, con todo encima, sin haber dormido nada por las puntadas y empecé a creer que era una especie de idiota que se pone a ver las cosas por la ventana, o un mogólico o un loco (pero un loco medio tonto). Me dolía el pecho y la cabeza por no haber dormido nada y porque tenía que volver a cruzar la ciudad y me estaba sintiendo como alguien que tiene problemas mentales, una especie de retraso o algo así. Y cuando llegó el colectivo sentí miedo porque pensé en la posibilidad real de volverme loco. Como si estuviera demasiado sensible para escuchar y ver y viajar y hacer las cosas que hace todo el mundo. Y en el colectivo había una mujer, me acuerdo, que hablaba por celular y gritaba y se reía a la mañana y en cada risa que emitía yo pensaba que me iba a volver una especie de idiota. Y un nene se sentó al revés en el asiento de adelante y empezó a mirarme. Y le hice un gesto como para que dejara de hacerlo porque pensé que no iba a poder soportarlo mucho tiempo. Y el colectivo se llenó de gente. Y la gente no me miraba. La gente no me pedía el asiento porque ya era una especie de idiota o algo así. Y sentí miedo. Me sentí sucio. Me sentí despeinado. Me sentí



encorvado. Sentí las ojeras. Me sentí cansado. Me sentí frío. Me sentí pobre. Me sentí sucio. Me sentí pálido. Me sentí idiota. Sentí que la gente no quería verme. Me sentí en la escala más baja de la vida social. Y fue algo feo.



Cuando llegué a mi casa dormí mucho. Soñé que iba en la 502 por la avenida Arias, la que va al puerto, aunque no sé si la 502 va por ese empedrado que va al puerto. Estaba contento porque esta ciudad se veía distinta. Cuando me bajaba del colectivo me daba cuenta de que la calle por la que había estado yendo era Arias y no la avenida Cerri como había creído en un principio. Entonces pensaba en la necesidad de una nomenclatura precisa. Y veía el empedrado. Y veía cómo el colectivo seguía para el puerto. Y esta ciudad estaba cambiada, como siempre que sueño con esta ciudad. Eso me ponía bien. Y decidía caminar para donde se veían los edificios, por el solo hecho de no seguir alejándome más de las cosas. Y pensaba: al final hice esto, me subí en un colectivo y fui por ahí y me bajé por ahí. Nadie me lo va a creer, pensaba, cuando les cuente que me subí a un colectivo cualquiera y fui sin pensar dónde estaba yendo. Y los edificios del centro se veían distintos porque toda la ciudad se veía distinta, como se veía distinta la avenida Arias. Y pensaba: se necesita una nomenclatura precisa. Y también pensaba: esta ciudad está cambiando, aunque no lo parezca, aunque no nos demos cuenta, esta ciudad ya no es lo que era hace un tiempo. Esta es la avenida Arias. Para allá se va al puerto. Los edificios del centro se pueden ver porque la geografía se hunde en un pozo. Y empezaba a caminar despacio para donde se veían los edificios y había gente en una garita esperando el colectivo. Y era de día. Había sol. Había sol. Y eso me ponía contento.



No tengo que usar tanto la cabeza. Cuando uso la cabeza siento fiebre. Cambiar una imagen móvil por otra esta vez fue algo positivo. No quiero ser un idiota (en el sentido médico del término), pero sé que puedo convertirme en algo así. Cuando uso la cabeza me doy cuenta de que me puedo convertir en algo así y me da miedo. Tengo que acordarme de la corbata negra. No ver gente no me ayuda en el intento de mantenerme lúcido. No ver mujeres puede que sea una de las causas de mi excesivo intelecto y este exceso puede que sea, a su vez, una causa de la eminente posibilidad de volverme un idiota o algo así. En cualquier momento puedo volver a una imagen distinta de las cosas moviéndose. Tengo que acordarme de la corbata negra. Tengo que tomar un colectivo de nuevo. Tengo que viajar, pero por adentro de la ciudad tratando cada vez de que sea como en los sueños en donde siempre hay un poco más para ver, estructuras arquitectónicas un poco más viejas y grandes y oscuras, y adyacentes, continuándose siempre un poco más de lo que se continúan en realidad, por diez cuadras, por veinte cuadras, desde la plaza para todos los puntos de la ciudad, por treinta cuadras, por cuarenta cuadras, antes de que empiecen los suburbios, antes de que empiecen las villas, antes de que empiecen los campos, antes de que empiecen las rutas. Tengo que acordarme de la corbata negra. Antes de salir tengo que acordarme de la corbata negra. ¿Puede ser que no pase nada? ¿Adónde están pasando las cosas? ¿Qué cosas están pasando? Los titulares de los diarios me interesan, el tamaño, el color negro, la forma de decir que en algún lugar están pasando cosas importantes. La recuperación de Fidel Castro es una incógnita. Paracaidistas israelíes dan un duro golpe comando contra Hezbolla. Acusan al tirador de Belgrano de matar "por placer". Alquileres: propuestas para frenar el aumento. Tengo que acordarme de la corbata negra. Cuando viajo en colectivo pienso cosas. Qué tengo que hacer para ir de lo general a lo particular. Qué tipo de conocimiento se desprende de la repetición de cláusulas. Por qué tengo la sensación de que no estoy pensando en estructuras básicas. La 513 me deja

en la primera cuadra de la avenida Colón. Puedo caminar por la avenida cuando me bajo del colectivo. Y me siento bien. El movimiento de la gente me reconforta. Empieza a ser de noche y el movimiento hace que esta parte de la ciudad parezca una de las ciudades modernas. Me siento alguien. Puedo mirar a la gente a los ojos para ver qué están escondiendo. Todos tienen algo. Estas personas que caminan de un lado para el otro tienen complejos. Y yo soy alguien importante caminando a algún lugar importante para hacer alguna cosa importante. Querría enfrentar a alguno.

Me gusta cómo está iluminada la primera parte de la avenida Colón. En las escaleras de Colón 80, mientras pasaba, se me acercó Gonzo y me dijo qué hacía. Me tocó el hombro, justo cuando me estaba sintiendo alguien importante. Bajó la mirada hasta la hebilla de mi cinturón y la subió hasta el cuello de mi camisa moviendo la cabeza en forma negativa. Frunció un poco las cejas, como tratando de descifrar un dilema complicado. Sacó su mano de mi hombro y yo le miré los ojos. Todo el tiempo, nunca dejé de mirarle los ojos. Incluso, estoy seguro, disimuladamente volvió a bajar la mirada hasta el piso y la volvió a subir hasta el cuello de mi camisa pero no me dijo nada. Empezó a entablar una comunicación azarosa y yo lo miré a los ojos todo el tiempo. Lo miré todo el tiempo porque me gustaba verlo. Me gustaba verlo a Gonzo básicamente por dos razones: porque tiene rasgos femeninos y eso me gusta en cualquier tipo de persona. Y por la iluminación del lugar, la luz sepia que hay en las escaleras de Colón 80, esa luz académica. Estas dos cosas, en el marco de esta parte de la ciudad y de esta hora del día (está anocheciendo) hace que no deje de mirarlo ni un momento. Podría verlo a Gonzo un poco más de cerca. Ver cuál es su complejo. Pero cabe la posibilidad (de esto estoy seguro) de que mirando a través de lo que esconde no encuentre nada más que un lugar común y vacío. “Qué hacés así”, me preguntó mientras volvía a bajar la vista. “Nada”, le contesté, “paseo”. “Está bien”, me dijo, “me parece bien. Hay que salir a romper las bolas”. “Sí”, le contesté, “qué se yo, a romper las bolas o no; hay que salir, de eso no cabe duda”. “Sí, sí”, me dijo él, “a eso me refiero, a que hay que salir”. Y pasó gente. Y pasaron autos. Y pude ver atrás de Gonzo la estación de servicio dándole luz a una esquina. Y pude ver a través de Gonzo, a través de ese vacío transparente, las luces del kiosco que hay en la otra esquina, en frente de la estación de servicios. Y pude ver a un costado de Gonzo (sin dejar de mirarlo a él) el edificio viejo del colegio que hay en la otra esquina. Y pude ver a través de ese vacío transparente y a través de las luces del kiosco de la esquina el inmenso edificio de lo que alguna vez fue (y ahora sigue siendo de manera indirecta) un Paseo de Compras. Y Gonzo volvió a bajar la vista una vez más y a subirla hasta el cuello de mi camisa blanca y me dijo: “¿una corbata?”. Entonces me acerqué hasta su cara para saludarlo y le respondí: “siempre quise ser un funcionario del Estado”. Y seguí caminando para las luces del kiosco que está en una de esas cuatro esquinas que estuve mirando a través de Gonzo. Y doblé a la izquierda. Y llegó un colectivo. Y un grupo de personas se subió antes que yo. Y esperé hasta lo último. Y me subí al colectivo. Y pasé el molinete. Y miré a la gente que estaba sentada. Y me quedé parado unos segundos en el lugar que sigue inmediatamente después del molinete. Y pude ver a la gente viajando en colectivo. Y vi que era gente mediocre. Y que algunas personas llevaban bolsas entre las piernas. Y que por un momento todos me miraron, porque estaba parado en frente de todos. Y entonces eso me causó una especie de gracia y de oculto placer. Porque era

gente mediocre y yo estaba parado ahí, sintiendo el nudo en el cuello de mi camisa blanca. Y moví el cuello para un lado y para el otro y fui hasta el fondo donde había un asiento vacío.

Dentro de las posibilidades que tengo hoy (me miro detenidamente en el espejo, acabo de despertarme, es de día, el baño es blanco y está iluminado por la luz del sol) la más cabal, la que más lógica parece tener y a la vez más fuerza, es la de reventarme la cabeza mirando televisión. Mirar televisión hasta que no pueda soportar un sonido, una imagen en movimiento, un corte publicitario. Mirar televisión todo el día. No moverme de mi casa. No salir a dar vueltas como un loco. No es lo mismo ser un loco que un idiota. No me da miedo convertirme en loco pero me asusta mucho la idea de volverme un estúpido, o algo así, convertirme en lo más bajo de la escala de la vida social. Reventarme la cabeza mirando televisión corresponde más al intento de vivir una vida tranquila que a cualquier otra cosa. Y eso, para mí, es algo muy sano. Pero cada intento (léase cada viaje en colectivo, cada impulso de movimiento incluso adentro de mi casa) tiene diferencias a veces nimias y a veces rotundas que si me las pusiera a analizar seguramente entendería todo de una manera más clara y real. No es lo mismo reventarse la cabeza con horas excesivas de televisión que salir a buscar el lado oscuro de la gente. Puedo verme la cara en el espejo. Puedo ver la barba en la cara en el espejo. Puedo ver la luz en la barba en la cara en el espejo. No me pienso afeitarme. No me pienso bañarme. No me pienso cambiar. Me gusta la idea de abandonarme por un tiempo, de sentirme sucio. De quedarme tirado reventándome la cabeza con horas excesivas de televisión cuando afuera el día es hermoso y hay sol y no hace frío. No me voy a cambiar las Topper de lona desatadas que tengo puestas para venir al baño. No me voy a bañar. No me voy a quedar reventándome la cabeza con horas excesivas de televisión. Voy a salir de nuevo. Tengo que salir de nuevo. Tengo que salir así como estoy vestido. Tengo que aprovechar el día. Tengo que salir urgentemente de mi casa.

La 502 me deja en Florencio Sánchez. En Florencio Sánchez sé que puedo encontrar al coreano. En Florencio Sánchez encuentro al coreano. El coreano es mucho más chico que yo. En Florencio Sánchez a la hora de la siesta esta ciudad parece un pueblo vacío, pero con algunas calles más sucias que las que hay en un pueblo. En Florencio Sánchez a las tres de la tarde encontré lo que estaba buscando. A las tres de la tarde en la calle Florencio Sánchez estaba buscando al coreano. Y en Florencio Sánchez antes de llegar a Salta el coreano estaba andando en bicicleta. Y entonces a esa hora y en ese lugar pude saludar al coreano. "Estoy drogado", me dijo el coreano. "Sos un pelotudo", le contesté yo. "Ya fue", me dijo. "Sos un idiota", le dije y lo atacé con un extenso discurso moral. "¿Estás yendo a la escuela?", le pregunté después de terminar ese discurso. "No", me contestó el coreano. "¿Por qué?", le pregunté yo. "Porque me aburro", me contestó él. "Sos un tarado", le dije yo. "Tenés que ir a la escuela y no drogarte más". "Sí, ya sé", me dijo, "siempre es lo mismo". "¿Ahora qué haces?", le pregunté. "Voy a jalar pegamento", me dijo él. "Sos un boludo", le contesté yo. "Jalar pegamento es de villero; si te querés drogar drogarte bien, boludo". "Ya fue", me contestó él. "Jalar es de villero", le volví a decir. Y él me dijo que se iba a las vías. Y yo le dije que no se fuera, que me llevara en el caño de la bicicleta. Y él me dijo que se iba a jalar pegamento. Y yo le dije que quería ir con él, que lo acompañaba a jalar pegamento. Y

entonces abrió la pierna derecha y me subí en el caño de la bicicleta. “¿A dónde vamos?”, le pregunté. “A la ferretería”, me dijo él, “vamos a comprar el pegamento”. “Yo entro”, le dije. “Bueno”, me dijo él. “Una lata de Fortex”, le pedí al de la ferretería. “Tres con veinte”, me dijo él. “Tome”, le dije yo. “Gracias”, me dijo él. “De nada”, le dije yo. “Vamos a las vías”, me dijo el coreano. “Vamos”. El coreano se sentó abajo de un árbol. El coreano sacó una bolsa de nylon y abrió la lata que había comprado recién. El coreano con un palo metió pegamento en la bolsa. El coreano me miró y se rió mientras ponía el pegamento en la bolsa. El coreano tiene los dedos con mugre. El coreano tiene manchas en el pantalón. El coreano tiene el pelo sucio y enredado. El coreano usa Topper de lona. El coreano agarra la bolsa desde arriba con una mano. El coreano mete la boca en el espacio que queda en su mano. El coreano sopla e infla la bolsa. El coreano aspira y la bolsa se vacía adentro de él. El coreano gesticula como si fuera un idiota. El coreano se queda un poco así, como un idiota, y vuelve a hablar con palabras normales. El coreano me mira y se ríe de nuevo. “AHORA YO”, le digo. Y entonces yo. Yo agarro la bolsa que tiene el coreano. Yo me fijo y veo lo que tiene la bolsa. Yo puedo ver una pasta verde adentro de la bolsa que me da el coreano. Yo cierro la bolsa como lo hizo el coreano. Yo soplo como sopló el coreano. Yo aspiro como aspiró el coreano. Yo me veo haciendo algo que dura cuatro segundos. Yo veo esa misma acción repitiéndose una y otra vez. Yo escucho que esa Secuencia tiene sonido. Yo escucho que ese sonido se divide en tres partes. Yo escucho que ese sonido se repite en cada Secuencia como “quedó algo cerrado”. Yo veo que la imagen se repite una y otra vez. Yo siento que lo que estoy haciendo se repite una y otra vez. Yo siento que todo lo que estoy haciendo se repite una y otra vez. Yo siento que el coreano me mira. Yo siento que puedo hablar con el coreano que está al lado mío mirándome. Yo siento que el coreano se está riendo. El coreano vuelve a agarrar la bolsa y vuelve a jalar. Yo vuelvo a agarrar la bolsa y vuelvo a jalar. El coreano vuelve a agarrar la bolsa y vuelve a jalar. Yo vuelvo a agarrar la bolsa y vuelvo a jalar. El coreano vuelve a agarrar la bolsa y vuelve a jalar. Yo agarro la bolsa, la abro y veo que la pasta que estaba verde ahora es transparente. Y es como si hubiese estado viendo televisión tres días seguidos.

En las vías no pasa nadie. Creo que el coreano habló. Creo que dijo “cuando las vías son tu paseo habitual”. Pero no tiene mucho sentido. Además el coreano no diría algo así. Está ahí con la boca adentro de la bolsa, en otro lado. Entonces me levanto y bajo hasta las vías (estábamos a la sombra de un árbol, donde el terreno sube un poco y hay una pared alambrada que casi toca la calle bien pavimentada que va a Sarmiento y que separa las vías del barrio en donde se acumula una de las mayores cantidades de capital económico de esta ciudad) y me pongo al sol y espero a que el coreano vuelva para no irme sin decirle algo, para que entienda que me estoy yendo. Entonces el coreano me mira desde abajo del árbol, pongo los ojos chinos por el sol y le digo “me voy a la mierda”. Y el coreano se levanta y me dice “esperá que te llevo”. Y le digo “no, no te hagás drama, seguí jalando”. Y el coreano me dice que soy un puto. Y me voy caminando despacio por las vías, sintiendo las piedras en la suela de mis Topper de lona. Camino abajo del sol y no sé bien por dónde salgo y camino entre las casas vacías, por las calles vacías de la siesta. Voy sintiendo el gusto en la garganta, como infectado, y los ojos afiebrados. Más que nada, después de haber estado ahí en las vías es el gusto en la garganta

todo el tiempo. Atravieso el barrio universitario y llego hasta una parada de colectivos y paro la 517 y el colectivo viaja y no pienso en cosas como suelo pensar y siento el gusto que tengo en la garganta y el calor en los ojos. Cuando llego a mi casa es de día y es temprano y voy a mi pieza y cierro la ventana y cierro la puerta y es calmo y es de día y me acuesto y duermo y me despierto con calor pero temblando y siento el olor del pegamento en la ropa transpirada. Y duermo un poco y me despierto y me sacó la ropa y me siento sucio y me veo al espejo y me veo la barba y me siento sucio y me miro las manos y tienen pegamento y me sacó toda la ropa y me veo la panza y me veo el pecho y me veo los ojos rojos y me veo el pelo despeinado y me siento sucio. Y me baño.



Todos los juegos terminan de forma fatal. Todos los juegos de cartas terminan de forma fatal. Cualquier tipo de juego termina de forma fatal.

Bahía Blanca, 2 de agosto de 2006

## Papeles sobre la pobreza

*“Alguien que lleva una existencia doble  
no puede ser sino ambiguo”*

(Pier Paolo Pasolini)

Marzo, 2010

Antes de empezar a escribir estos papeles sabía el título que iban a llevar pero en vez de “pobreza” escribí “suciedad”: “sobre la suciedad”. Y me quedo con ese detalle en primera instancia menor. ¿A qué me quería referir con estar sucio, en qué estaba pensando? En cuestiones físicas seguro pero también, como cuando quise escribir “pobreza”, en cuestiones morales. Iba a partir inconscientemente, y acertadamente, de una imagen que atañería la cuestión física. Y de ahí me parece vino la confusión, ya que iba a ser invariablemente una imagen sucia.

Hay gritos, que salen del televisor y a veces me parecen demasiado. Un televisor que tiene dos canales y estoy sucio, abajo de las uñas y etcétera. No puedo detenerme en el detalle y ahí está todo. Por eso no escribo. Sería como poner la superficie de algo cuando lo verdaderamente consistente se me estuviese escapando. A veces pienso que debería escribir de esa forma: dando cuenta solamente de la superficie de las cosas. Llenar hojas que no contengan demasiado pero que sobre el final permitan algunas etiquetas importantes para movilizar los motores de búsqueda. Esto último, las etiquetas y los motores de búsqueda, es en un sentido figurado porque no pienso en blogs sino en distintos tipos de producciones. Las que fueren, a veces pienso, tendrían que ser producciones superficiales pero que me permitiesen vestir y vivir de determinada forma, a tal punto de que el fondo de las cosas llegase a no importar. Pura superficie radiante y sin fondo. No sé cómo me llevaría con esa puesta en imagen a través del paso del tiempo, pero obligadamente necesitaría mantener las formas de manera obsesiva. En eso consistiría mi trabajo y en parte me terminaría convirtiendo en una prolongación de mis textos. Si no, aunque también en una prolongación de mi escritura, puedo convertirme en otro: intentar textos que lleguen al fondo de las cosas, por lo menos de aquellas que me sobrevuelan la cabeza, al tiempo que mi imagen física se iría deteriorando, el pelo crecido y desperejo, las uñas sucias, la escasa ropa gastada. Eso es lo que estoy viendo ahora: qué imagen quiero para mí mismo y qué tipo de producción escrita prefiero intentar hacer.

//

Hay una serie de espacios públicos donde transcurre la mayoría de los eventos culturales y que una persona pobre (económica y moralmente) puede

frecuentar. Incluso si decidió empezar con una producción escrita que intenta llegar al fondo de las cosas y eso trasuntó en suciedad física: en manchas y desprolijidades en el propio cuerpo. Son espacios arquitectónicos de corte aristocrático pero que permiten, más allá de las contradicciones reprochables, la aceptación del “bicho” cultural que decide entrar por los arcos bien iluminados, pensando que los organizadores lo conciben en plena conciencia de sus capacidades creativas. Y entonces puede comer un tentempié, tomar una copa de vino y sentirse más pobre.

//

La organización de los papeles de una persona pobre, que sabe o cree tener, más allá de esa pobreza visible, cierto capital simbólico acumulado. La escritura de cosas que intentan llegar al fondo de las cosas. Los papeles sucios, mal impresos, fotocopiados ciertos textos, de otros, para construir junto con ese capital una serie de citas que conformen el lugar de autoridad. Y la ecuación es plena, aunque indirectamente proporcional: el cuerpo del texto crece, se hace más denso, mejor tejido, los papeles se acumulan con una irrefutable lógica aditiva, se desparraman por los espacios de la habitación alrededor de la computadora vieja, del televisor con dos canales, se pierden partes importantes, de fotocopias corridas, al tiempo que el cuerpo (ya no del texto sino de uno mismo) se mancha naturalmente a raíz de reacciones químicas, se dibujan figuras rosas en el cuello, manchas violeta abajo de los ojos, el pelo crece desparejo, brilla por la acumulación de polvo, la tierra se junta abajo de las uñas, las manos se manchan con tinta, con tóner de fotocopiadora, con óxido de cerraduras trabadas.

//

No nací en una villa miseria. Yo no soy una villa miseria. Hay una diferencia crucial entre calles “fogosas y polvorientas”, casillas de chapa, paredes de adobe en el mejor de los casos, una diferencia de infraestructura entre construcciones informales no planificadas abajo de un sol terrible de mediodía y el barrio donde vivo. Más allá de eso una serie de relaciones personales, complejas, caracterizadas por algunos denominadores comunes entre los cuales entran la suciedad y la pobreza, hicieron que durante un tiempo prolongado tuviese que frecuentar el interior de una de esas casillas de chapa: una cocinita con un living, un baño, una pieza vacía y otra con una cama de hierro con medicamentos a los costados. Mi no pertenencia a ese mundo (lo mismo que al interior de aquellas construcciones aristocráticas donde de vez en cuando puedo comer algo y tomar una copa de vino) paradójicamente, mi no pertenencia a esos pasillos internos intercomunicados siempre me hizo sentir todavía más pobre. Sobre todo porque las relaciones que me llevaron hasta ahí fueron políticas, incluso ocasionales, por lo que me privaron de cualquier tipo de sentimiento de empatía. No obstante esta politicidad, lo cierto es que durante un tiempo visité no sólo el interior de una de esas casas sino su más profunda intimidad. En aquel tiempo, sobre todo, estas visitas fueron una posibilidad de acercarme a antidepresivos, ansiolíticos y particularmente Tramal, que había en blisters y goteros desparramados a los costados de la cama.



//

APLICAR EL ZOOM QUE PERMITE EL PROCESADOR Y VER QUÉ DIBUJA EL TEXTO EN SUS ESPACIOS BLANCOS, LOS CAMINOS BLANCOS QUE SE GENERAN ENTRE LAS PALABRAS. En la página uno hay una persona mirando para abajo, en la página dos hay una mancha en la piel y así sucesivamente.

Los espacios públicos centrales de las ciudades medianas o grandes, más allá de los cordones periféricos, contienen a la persona pobre. Es una presencia irrevocable por la amplitud de la base de la pirámide social. Efectivamente en ese amplio perímetro aparece un grupo disímil condensado en un mismo color, pensando en términos de referencias en una página censal. Esta homologación puede ser nefasta en algunos casos o liberadora en otros. Si la persona pobre no tiene más ambiciones que la de producir un texto que llegue al fondo de determinadas cosas en la privacidad de su departamento entonces esa homologación puede servirle para ver el flujo de la ciudad, la corriente continua del sistema funcionando, desde un lugar que pasa precisamente por afuera de ese flujo. Esto, dependiendo de la persona pobre, puede servirle o no para llegar al fondo de determinadas cuestiones. Un kiosco de revistas en una calle del centro es también flujo de información condensada. Todos los días la estructura estética, marcada por la azarosa distribución de las noticias en las páginas, los encabezados de los diarios y revistas en relación con la foto de tapa, los titulares y copetes ordenados con la lógica del marketing, los colores característicos de cada editorial con sus tipografías reconocibles en primera instancia, los ejemplares de La Nación en el margen inferior derecho, Página/12 en el superior izquierdo, la revista Noticias en el centro, toda esta distribución que difiere en cada kiosco es también un río de información cambiante. Una persona pobre, sin otra ambición que la de llegar al fondo de las cosas a través de una producción escrita, puede invertir el día entero, pasar todo un día enfrente de uno de los tantos kioscos de revistas del centro sin hacer nada o simulándolo hacer además de leer esa estructura estética, aquel flujo volátil, en definitiva, como lo que es: un sistema de signos complejo, significativo en sí mismo más allá del contenido semántico de las impresiones periódicas. Un sistema que desde una superficie vana y colorida, desde simetrías generadas a través de grandes acumulaciones o ausencia de color, equilibrios y discontinuidades, puede conducir a un entendimiento profundo e imperecedero que va más allá de los contingentes sucesos políticos, económicos, culturales, deportivos y sociales de un día determinado.

//

Podía tener la cabeza como un biombo, cada mañana o cada noche, cuando volvía de la villa o me levantaba en mi departamento apenas amueblado y no me importaba porque la producción de un texto que llegase al fondo de las cosas ni siquiera era una posibilidad. Se trataba, más bien, de hacer lo que tenía que hacer, de frecuentar los lugares que tenía que frecuentar, obligadamente, cumpliendo mi rol de la manera más operativa, tratando de no complicar ninguno de los desarrollos posibles, sobre todo porque gran parte del tiempo lo pasaba en un lugar que no era el mío, rodeado de personas que

conformaban un mundo al cual no pertenecía ni iba a pertenecer nunca. Mi carácter opaco, seguramente la única constante que se mantuvo hasta el día de hoy, me facilitó hacer mi trabajo de la mejor manera, sin grandes sobresaltos incluso cuando ocasionalmente en la vereda, sobre todo los días festivos, me veía obligado a interactuar más de la cuenta, a dejar expuesta mi vulnerabilidad tomando una sidra con los vecinos que siempre había, en las calles de tierra sentados viviendo la verdadera vida de la villa todo el tiempo. Mi carácter opaco, decía, fue una especie de pátina, una manera de decir naturalmente sin ningún tipo de impostación que no era peligroso en ningún sentido, algo que notaron siempre las personas que pertenecen a la escala más baja de la vida social como las de los eslabones más altos. Nunca representé ningún peligro para nadie y eso sumado a una actitud de pasividad voluntaria por parte mía hizo que me moviera por los caminos más disímiles con la menor cantidad de problemas posibles. “Soy un pobre tipo (económica y moralmente) incapaz de hacerle nada a nadie”: sobre ese postulado se fundaba el contrato de contigüidad ocasional que podía entablar con alguien apenas conocido y sobre todo el éxito en nuestras posibles triviales transacciones. Podía entonces, mientras tanto, y al tener acceso a un cóctel de medicamentos en esa época, andar por la vida con la cabeza como un biombo.

//

Pensando en lo que uno es, hace y tiene, existe la posibilidad de ser, hacer y tener otra cosa. En principio podría sentir la determinación de escribir, en vez de un texto que intente llegar al fondo de las cosas, uno superficial que solamente roce la superficie de determinadas cuestiones, con una lógica funcional. Funcional en el sentido de la finalidad del texto: conseguir poder adquisitivo. Acumular, siguiendo la lógica aditiva del texto, objetos de consumo. Objetos de lujo para ascender en el status quo y posicionarme de una mejor manera para la producción de un texto que acumule párrafos y párrafos sobre distintos temas para acceder a más poder adquisitivo, lo que redundaría en una cantidad mayor de objetos de consumo y cerraría un círculo en constante movimiento. Para eso se necesita, como en la producción de un texto que llegue al fondo de las cosas, una competencia particular. Y esta competencia, en la posibilidad real de llevarla a cabo, trasuntaría en un modo de hacer diferente, lo cual derivaría en formas de ser y de tener muy distintas. Hay una casa que es así: una puerta inmensa que se abre a una gran escalera de mármol que conduce a una sala de estar con sillones rojos y reproducciones técnicas de cuadros famosos, donde se pasa a una biblioteca altísima que tiene una escalera corrediza para llegar a los libros más inaccesibles, desde donde se ve una puerta entreabierta que da a una habitación matrimonial con un somier también rojo, de cubrecamas rojo, con cuadros famosos reproducidos técnicamente en la cabecera de la cama. Esa casa tiene, del otro lado de la sala de estar, una cocina amplia, con una mesada cómoda y una heladera industrial, gris, con un freezer en la parte de abajo con productos exóticos. Esa cocina tiene, sobre el margen derecho, un patio verde en altura, una terraza verde con paredes pintadas de rojo ladrillo, adonde hay una pileta mediana, no muy grande, entre una artificiosa vegetación tropical de palmeras enanas, iluminadas a la noche con luces que salen desde el suelo. En esa casa hay una pareja que acumula bienes materiales y que, por lo tanto, se ama.

//

En el centro escuché hablar a dos personas relativamente jóvenes sobre los beneficios de haber elegido una profesión liberal, charla que desencadenó en mí una serie de elucubraciones dispares que se fueron ramificando y que, con no menos fuerza, me llevaron a concluir en los beneficios de no haber elegido ninguna profesión.

No soy un desocupado, ni un asalariado ni tampoco un cuentapropista. Alguien que acaba de quedarse sin trabajo puede caminar, rico en tiempo, por las obras en construcción de la ciudad y ver a los obreros, la imagen más acabada de lo que representa un trabajador y pensar que esa representación adquiere sentido a partir de que cobran un sueldo todos los meses y se levantan a una hora determinada, pero sobre todo porque lo hacen para llevar a cabo un trabajo específico centrado en su fuerza física y en algunas condiciones técnicas que los posicionan, dentro del complicado entramado social, en una serie de derechos y obligaciones civiles. Uno de esos tipos al quedarse sin trabajo repentinamente por reducción del personal o lo que fuere, es entendible, podría decidir terminar con su vida.

Últimamente estuve teniendo un pensamiento recurrente en situaciones triviales que ni siquiera es importante precisar. Es decir: ante un par de desenlaces posibles generé, en este último tiempo, una estructura lingüística obsesiva, reiterativa, en primera instancia con un significado bien claro, pero que al gestarse como se gestan ciertas actitudes incomprensibles supuse que estaba significando otra cosa más allá de lo que enuncia desde un punto de vista semántico. El significado profundo, me parece, pasa por afuera de las diez palabras que lo conforman y en esa ambigüedad suelo desecharlo sin mayores preocupaciones. Voy caminando hasta el barrio de al lado a hacer alguna compra necesaria o vuelvo de hacer algún trámite y aparece. Prendo el televisor para ver las noticias o salgo a la ventana de mi pieza a mirar el movimiento del barrio y aparece: “de última me pego un tiro y a otra cosa”.

//

Escribir un texto que llegue al fondo de las cosas modifica la estructura mental, sobre todo porque se encuentra encorsetada en un mundo regido por relaciones de sentido y cláusulas construidas gramaticalmente. Mis sueños, la forma de mis sueños, más allá de los contenidos ocasionales, sigue la lógica de ese mundo y ese es el signo palpable de mi total compenetración con la empresa de escribir aquel texto. No tengo descanso posible: las veinticuatro horas del día, más allá de grandes espacios vacíos en mi producción, se subordinan a una sola cosa demasiado ambiciosa. Antes, en cambio, cuando andaba por la vida con la cabeza como un biombo, era distinto. Mis días también se reducían a una única actividad, pero todo en mi estructura mental, a raíz del cóctel de medicamentos del que disponía y a una predisposición a vivir una vida sin sobresaltos, era descanso, frío mental. Me levantaba muy temprano, en invierno a veces cuando todavía no había amanecido y me iba a la villa caminando o en bicicleta a cuidar a la Lechuza. Era lo que me había tocado hacer y más allá del escaso provecho que podía sacar de esa actividad

nunca cuestioné mi suerte. Llegaba a la villa atravesando campos prendidos fuego, grandes espacios de pastizales siendo prendidos fuego, a través del humo blanco en la madrugada y entraba sin avisar en la casilla oscura, adonde a veces encontraba a la Lechuza ya despierta, levantada desde muy temprano, tanto como para haberse trasladado por sus propios medios a la habitación de entrada, donde se sentaba en silencio y me esperaba en la oscuridad con los ojos abiertos. Esta imagen, que solía repetirse en las madrugadas de invierno, hizo que esa señora gorda con severos problemas de motricidad, casi desconocida, no tuviese un nombre propio sino solamente un apodo: la Lechuza. Así la llamaba y ella respondía en silencio, moviéndose de un lado para otro, cuando caía la tarde o se cerraba de nuevo la noche sobre la casilla de chapa. Mi tarea se reducía a estar ahí, a prepararle mate cocido, a hacer algunas tostadas de pan viejo, a darle la medicación y a ayudarla a acostarse a la noche en la cama de hierro hospitalaria. Llegaba siempre tarde a mi departamento del fonavi, pero, casi a falta de actividad intelectual, descansado mentalmente. No me sentía disconforme: la vida que me había tocado me parecía una vida sencillamente adecuada.

//

En la página cinco hay un cristal roto, en la seis una flor cerrada y en la siete una esvástica nazi.

A veces me miro al espejo en mi departamento del fonavi y encuentro que soy la proyección de mi texto. No sé cómo podría explicarlo pero sé que los signos que aparecen en mi cara, las manchas atribuibles a una reacción alérgica o a cierto malestar nervioso, no son más que la reproducción física de un texto que intenta llegar al fondo de las cosas. Si un día de estos al levantarme decidiera abandonar la empresa y me pusiera a escribir un texto superficial tengo la certidumbre, estoy convencido, de que el espejo me devolvería otra imagen. Mi departamento carece casi de bienes materiales: tengo una mesa ratona y un televisor, una computadora en una de las piezas, una heladera mediana en la cocina y dos colchones apilados en otra pieza donde duermo en promedio diez horas por día. A la mañana, cuando estoy despierto y abro la ventana, entra luz. Mi ventana da a una serie de pasillos muy característicos, bordeados por ligustros donde a veces corren chicos y se esconden, juegan a cosas que jugaba yo cuando era chico, en esos mismos pasillos rodeados por hileras verdes. A veces, cuando salgo a mirar por la ventana y me quedo un rato, puedo pensar retrospectivamente, hacerme una idea del paso del tiempo y comparar mi estado actual de relativa independencia con mi posición social en este mismo barrio hace más de quince años, cuando era un chico y las relaciones estaban signadas por acuerdos tácitos, además de por la absoluta carencia de una visión proyectiva hacia el futuro. No obstante esa serie de relaciones en donde estaba posicionado relativamente bien, imagino que la escena actual, este mismo departamento emplazado en el piso más alto del mismo monoblock de siempre, no hubiese sido la escena que hubiese imaginado en aquel entonces para mi futuro. Me refiero a que veinte años atrás no hubiese imaginado que iba a estar viviendo en el mismo barrio, en el mismo departamento en el cual crecí, de manera austera, moviéndome alrededor de

una computadora vieja repleta de fotocopias mal sacadas, intentando escribir un texto que llegase al fondo de las cosas y que no es éste.

//

Cuando uno va entrando por una autopista a la ciudad más importante del país, mientras se detiene a observar el flujo constante del tránsito por nueve carriles en una misma dirección y los primeros grandes aglomerados urbanos, construcciones en altura de viviendas populares con las persianas oxidadas por el tiempo, abajo de las múltiples colectoras que conectan esa autopista con los diferentes barrios y ve los grandes carteles publicitarios, las blancas sonrisas monumentales contrastando fríamente con esos grupos de edificios viejos de contención social, y después de ver a las personas en las ventanas colgando toallones y ropa lavada llega hasta una colectoras de la autopista que la conecta con uno de los sectores que cambió más vertiginosamente en los últimos años a partir de un “plan maestro” políticamente construido, y ve las dársenas del puerto y las altísimas torres de oficinas plateadas, torres que brillan por la noche, entiende que la sociedad es una alianza, para bien o para mal, pero una alianza de todas maneras. Entrar a la ciudad más importante en términos económicos y demográficos, estar entrando significa situarse en el plano más amplio, más significativo donde todos ven y oyen la cosa común desde distintas posiciones; es situarse en el marco de una simultánea presencia de innumerables perspectivas. Lo público, podría llegar a pensar uno mientras hace este recorrido, que va del acceso sur hasta el sector céntrico de la ciudad, une y separa al mismo tiempo. ¿En qué consiste hoy la publicidad de la esfera pública? ¿En qué sentido el espacio privado es privativo? Puede pensar, más allá de ese famoso postulado de que “la propiedad privada es un robo”, en tanto el aumento de esa propiedad ha ido en detrimento de la riqueza social, que lo único que tiene en común el pueblo son sus intereses privados. Uno puede reconstruir, si es que tiene imaginación y algo de experiencia, el interior de alguna de las habitaciones de esos primeros edificios sociales al mismo tiempo que el de una de las oficinas lujosas. Y en esa reconstrucción intentar poner los intereses cruzados, uno al lado del otro, para ver los puntos de contacto que tienen entre sí. Y de esta manera llegar a un mejor entendimiento de determinados procesos.

//

A primera vista un texto superficial no difiere de uno que intenta llegar al fondo de las cosas. Los dos pueden dibujar la misma estructura en la página, tener el mismo volumen en los párrafos. La diferencia de sentido es perceptible sólo en una lectura medianamente crítica. En un texto superficial la mera acumulación de párrafos es ya un valor en sí mismo. La posibilidad de etiquetarlo de varias formas de manera que los motores de búsqueda sean activados más veces es una razón suficiente para que quien lo escriba adquiera objetos de consumo. El acceso a estos objetos, a partir de la escritura de un texto orientado a la acumulación obsesiva de párrafos, es un logro objetivo del propio texto. Un reloj pulsera de primera marca es un logro objetivo. Un perfume importado es un logro objetivo. La adquisición de estos logros objetivos, para quien escribe un texto intencionalmente superficial, significa haber llegado a un

entendimiento que se revela como medular en el funcionamiento del sistema. Este entendimiento, no obstante, es mucho menos objetivo que un reloj pulsera. Hay gente que vive en un barrio residencial (no un barrio cerrado) al lado de un club de golf, en casas con bancos ubicados estratégicamente para poder sentarse por las tardes y ver la caída del sol sobre el césped rasante, entre la frondosa vegetación del campo y las trampas de arena. Esta gente, consciente de sus logros objetivos, puede pensar ese amplio campo verde semipúblico como una continuación bastante lograda de la propia vegetación de su barrio semiprivado. Algunas casas incluso tienen su pertinente bow window, para que en las tardes frías de invierno sus habitantes, además de estar viendo algún programa de televisión, tengan la posibilidad de sentirse en el centro de una artificiosa inmensidad natural. Ese bow window es un logro objetivo, en primer lugar, del propietario de la casa, y sólo en segundo lugar de la persona a quien se le haya ocurrido alguna vez que era posible que el afuera sin límites de nadie podía entrar en el estrecho perímetro de unas cuatro paredes.

//

Mirándome al espejo en mi departamento del fonavi acabo de descubrir un tic nervioso que seguramente tengo hace días y que no había notado. Un triple movimiento compulsivo de la cabeza, la mandíbula y los ojos. Trato de encontrar una explicación a un posible estado de nerviosismo no ordinario y más allá de lo que puede generar la situación de escritura en la que estoy pienso sobre todo en los murciélagos. Desde hace unos días que van de un lado para el otro a través del perímetro del techo buscando una salida que no hay. Golpetean contra la chapa y chillan. Este proceso, que se repite casi constantemente, hace que me sea difícil conciliar el sueño. A veces tengo que ir a adonde está el televisor para aunque sea no escucharlos durante un rato. El tipo que vino me dijo que para sacarlos tenía que levantar todo el techo y que era casi imposible. Por eso decidió cerrar el perímetro por donde entraban y salían, para que sencillamente se quedasen atrapados. Olor, me dijo, no va a haber porque los murciélagos no se pudren, se secan, y el “proceso” (textualmente usó esta palabra) no dura más que un par de días. Pero mientras tanto me cuesta dormir a la noche y las imágenes que me vienen a la cabeza son mortuorias. Demasiado vívida, por ejemplo, se me figuró aquella de hace unos años cuando fui a cuidar a la Lechuza como un día cualquiera y volví pensando que no estaba cuidando a una Lechuza, o por lo menos no solamente a una Lechuza, sino también a una Araña. La Araña, así la terminé nombrando para mis adentros. A ella nunca la llamé así, en voz alta quiero decir, nunca me dirigí a ella nombrándola de esa forma, contradiciendo, me parece ahora, una máxima defensiva que generé ese día ante la imagen que me hacía llamar Araña a la Lechuza. Una sentencia con fuerza de manifiesto, una fuerza vital, que me decía nada menos que me negaba a vivir bajo el orden impuesto por la superstición. Ese día, por acumulación de horas de aburrimiento, salí al patio y estuve jugando con los perros y los gatos, numerosos que estaban siempre adentro y afuera de la casilla, entre los tachos vacíos dados vuelta y las cubiertas con agua acumulada, entre la ropa desparramada por el suelo. Y sin darme cuenta de lo que estaba haciendo volví a entrar a la casilla y en una de las piezas, también repleta de ropa

desparramada, me detuve en una montaña de frazadas y cobijas y empecé a sacar primero una y después otra, hasta llegar al suelo de tierra donde encontré un perro seco, los restos de un perro tapado mucho antes de que yo entrara por primera vez a esa casilla. Inmediatamente volví a poner las frazadas como estaban y me quedé pensando en la fuerza de un mundo alternativo, no menos real que el legitimado por todos, con leyes propias que mantienen entre sí una lógica cerrada. Pensé en la Lechuza y en su capacidad para generar ese mundo. Entonces fui hasta donde estaba mirando televisión y me quedé con ella, no sintiéndome parte de nada, sino con una sensación rara en el estómago y aquella sentencia en la cabeza que me decía “me niego a vivir bajo el orden impuesto por la superstición”. Sentencia de una aparente contundencia formal, aunque vacía de contenido en la práctica, ya que la Lechuza, en tanto Araña, y en tanto capaz de generar un mundo alternativo, me subordinaba a una mera posición de asistente.

No me quedaba más que recluirme en un abismo construido de manera artificial. El cóctel de medicamentos trabajando en mi sangre, en la intimidad de mi departamento, pero sobre todo en la de mi propio cuerpo, representaba la esfera más privada, aquello que despertaba una serie de procesos invisibles a primera vista (además de inaudibles) y que se ejecutaban más allá de lo que estuviese pasando afuera (de mi departamento y de mi cuerpo): los efectos en mi estado nervioso, en mi actividad mental, era en aquel entonces la “quintaesencia de toda mi propiedad”, lo que podía tener absolutamente, sin ninguna restricción de ningún tipo. Esos momentos de alteración química de mi organismo eran, ahora que puedo verlos retrospectivamente, la posibilidad más acabada, a la vez que sencilla, de sentirme libre en los acotados márgenes de mi habitación del fonavi.

//

Una persona pobre puede entrar a un restaurante del centro con la intención de usar el baño y, mientras escucha el sonido monocorde de la vajilla sonando como una música mala, detenerse en las personas que están sentadas en las mesas esperando ser atendidas o en la gente que ya está comiendo de su plato, o en cualquier otro detalle del movimiento natural de un lugar así, siempre y cuando logre abstraerse de lo que implica su presencia para los empleados encargados de mantener el orden y el buen gusto. Esa persona pobre, si logra abstraerse, puede hacer un recorte casi en términos cinematográficos: encuadrar a dos señoras de cincuenta años tomando el té en una mesa, para después recortar un poco más el plano y encuadrar sus caras y después los accesorios femeninos (el detalle de los aros, los colgantes, la tintura, el volumen del peinado, el maquillaje en los ojos y los labios) para terminar deteniéndose en cierta tersura artificial de la piel y en algunas terminaciones, en ciertos acabados de los ángulos de sus caras (en la nariz, los labios y sobre todo en los pómulos) y concluir que la deformación de una persona que fue sometida reiteradamente a operaciones estéticas, incluso cuando muchas hayan sido fallidas, es para un amplio grupo un rasgo marcado de clase. La cirugía plástica, puede concluir, es un accesorio más, al nivel material de unos aros y un colgante. No importa el producto final siempre y cuando se vea la artificialidad de la expresión. Esa artificialidad es el objeto y

por lo tanto una marca de poder tenerlo encima, en resumidas cuentas no de otra cosa sino de poder adquisitivo. Esa persona pobre, mientras es invitada a salir a raíz del mirar atontado, puede pensarse a sí mismo malformado congénitamente (a diferencia de la malformación artificial de las señoras), una malformación que lleva ausente la mano del hombre y que devino en una posición desfavorable en la esfera social; una que habla, casi en términos medievales, de una relación sexual con el demonio, de un callado pacto a través del cual puede enfrentar los procesos represivos de las clases amantes del orden, que se sienten amenazadas con su presencia y buscan sencillamente hacerlo desaparecer por una cuestión de higiene pública.

//

En la página once hay un camino de piedra.

La escritura de aquel texto que intenta llegar al fondo de las cosas se centra, sobre todo desde un nivel formal, en distintas contorsiones de la técnica. Se detiene en el detalle a través de la generación de cláusulas una adentro de la otra que, ramificándose, van abriendo el texto en un procedimiento fractal. Formalmente, visto desde arriba, aplicando el zoom que permite el procesador, el texto es un gran monoblock de palabras, denso, de difícil acceso, a contracorriente de las preferencias editoriales. Ese monoblock, su misma figuración en la página, es la prueba más acabada de una convicción incluso filosófica: la de que en el detalle, en la deconstrucción sistematizada de los objetos mediante distintas contorsiones, uno puede encontrarlo todo. Se trata de analizar una imagen o una secuencia en sus diferentes partes, aisladamente, sin olvidar la posición que está ocupando en el sistema. El mero análisis de las partes como universos cerrados lleva al conocimiento del proceso general, a tal punto que uno puede quedarse con los párrafos que focalizan en aspectos parciales, ramificados en cláusulas, y no hacer referencia a la totalidad que los contiene. El proceso mental que se requiere para llenar los espacios vacíos empieza a pasar por afuera del texto o incluso muchas veces pierde toda importancia, ya que en la propia deconstrucción del detalle suele revelarse un conocimiento más importante que el que se desprende de la imagen general que lo está conteniendo. Como el fotógrafo de “Blow up” que a partir de contorsiones de la técnica fotográfica reduce la imagen y realiza su mayor hallazgo recortando sucesivamente, en lo que en primera instancia era sólo una mancha en una imagen mayor.

//

Cuando fui a lo del Pitufito estaba buscando salir de mi mundo cerrado porque me daba cuenta de que progresivamente estaba perdiendo la noción de lo que ya había empezado a ser mi trabajo diario. Caí sorpresivamente, después de mucho tiempo de no ver a nadie, y el Pitufito me recibió de manera natural. El portero del edificio me abrió la puerta del hall y subí los quince pisos por el ascensor, evitando el espejo. Cuando llegué al departamento nos saludamos sin efusividad, pero inmediatamente me di cuenta de que el Pitufito, excitado, estaba construyendo otro mundo, basado en lo que parecían sistemas de signos revelados a partir de una nueva sensibilidad suya. Esto no me



sorprendió tanto como me produjo, paradójicamente, una sensación de soledad instantánea, ya que no me veía reflejado en esa construcción sino todo lo contrario. Encontraba que de nuevo, bajo un sistema que me era completamente ajeno, como en aquellos años en que cuidaba a la Lechuza, me convertía en el asistente ocasional de otra persona. Estaba ahí para darle legitimidad a ese mundo aparte, inentendible, repleto de mensajes trascendentes en las cosas más mundanas. Todo lo demás en la vida del Pitufito seguía igual que siempre: los mismos litros diarios de vino barato rebajados con jugo o gaseosa.

El Pitufito sacó de la heladera una caja de vino, me sirvió un vaso y fuimos al balcón donde me explicó el hallazgo de ese día: el circuito repetitivo de un auto blanco que, desde la mañana muy temprano, estaba dibujando la misma forma a raíz de seguir el recorrido por las mismas calles. “¿Lo ves?”, me preguntó, y apareció un auto desde abajo de nuestro ángulo de visión, entre otros autos, visible todo el tiempo gracias a que el edificio del Pitufito es el último del sector sur de la ciudad y se puede ver cómo suben las calles, incluso geográficamente. “Ahora dobla a la derecha”, me dijo y el auto dobló a la derecha. “En la plaza dobla a la izquierda”, dijo y el auto efectivamente en la plaza dobló para la izquierda. Lo seguimos hasta que cruzó las vías y desapareció. En una hora y media, en teoría, iba a volver por donde había venido para repetir la secuencia por las mismas calles. “Está así desde la mañana”, me dijo el Pitufito y se rió de manera frenética. Pero después, cuando tomamos otro vaso de vino, el Pitufito se mostró preocupado y me di cuenta de que estaba siendo preso de un trabajo monumental. Cuando cayó la noche en el horizonte repleto de luces (de la ciudad y del polo petroquímico), entramos al departamento y antes de despedirme me mostró la mesa donde come, una mesa de madera llena de rayitas hechas con cuchillos y navajas, puntos anotados en juegos de cartas y nombres viejos que pertenecen al pasado, de personas que ni siquiera están, rayas que por acumulación se fueron cruzando hasta formar una red mínima en relieve, más oscura que el color de la madera, y donde radicaba según el Pitufito el verdadero mensaje que tenía que descifrar y no podía. Me di cuenta de que había la posibilidad de que se quedase atrapado en la construcción de su mundo alternativo, como pegado a la red oscura que se formó naturalmente en esa mesa.

Fue entonces cuando decidí no ver más a la gente y recluíme en mi departamento del fonavi.

\*\*\*

Abril, 2010

Hay una faceta interruptiva, que suspende cualquier actividad (salvo la de seguir el desarrollo de un acontecimiento), en la transmisión sostenida de un hecho periodístico por televisión durante cinco horas en tiempo real. La programación se descompone en uno de los canales que tiene mi televisor y decido quedarme a seguir una sesión en el Senado en la que está el Ministro

de Economía de la Nación a punto de dar unas explicaciones y que van a derivar en un cruce con uno de los senadores radicales más representativos, sobre formas de administrar la república y, posteriormente, cuestiones personales en relación a la ocupación de cargos políticos en el pasado. Puedo quedarme en mi departamento mirando televisión, a la mayoría de los senadores sentados en sillones lujosos como de living familiar y darme cuenta, transcurridos los primeros minutos, que lo que estoy viendo en realidad no es un acontecimiento en sentido periodístico sino una serie de mensajes dirigidos en primera instancia a la sociedad, pero pasados por un filtro personal, de relación personal entre un Ministro y un Senador, que hacen de la política un espectáculo televisivo, mensajes que no se presentan como un debate sino como una publicitada comunicación privada. Esta transmisión maratónica resulta un aliciente efectivo a la falta de voluntad para escribir o pensar en cualquier tipo de actividad que pase afuera de mi departamento. Entonces, después de tres horas de sesión televisada, de grandes espacios vacíos difíciles de ver (de moderaciones oficiales y discursos vacuos), el Senador pide la palabra y habla de planes de cooperativas como una estrategia gubernamental para reclutar un “ejército de rehenes” y amenaza con una denuncia penal por la firma del Ministro en un Decreto de Necesidad y Urgencia para un “Fondo de Desendeudamiento”. Entonces el Ministro justifica el uso de reservas del Banco Central para pagar deuda pública y también el de un decreto en lugar de un proyecto de ley y le recuerda al Senador aquel helicóptero que se fue volando sobre la Casa de Gobierno hace casi diez años, mientras en las calles había un estallido social justamente por políticas implementadas en la gestión a la que pertenecía en aquel momento el presente Senador: medidas de control del gasto público y congelamiento de los depósitos bancarios que terminaron con treinta y nueve muertos. A raíz de esto último me veo en la necesidad de restablecer la dimensión pública del acontecimiento político, ya que ese cruce, recibido en mi ámbito privado, al estar cargado de cuestiones personales requiere de un trabajo que de cuenta de los intereses comunes que están en juego. Y me resulta complicado delimitar claramente los márgenes de cada esfera a tal punto que llego a una conclusión defectuosa, en donde no puedo distinguir si mi habitación es una prolongación oscura del Senado o si el recinto donde están los senadores cómodamente sentados es una prolongación luminosa de mi departamento del fonavi.

//

El televisor queda prendido incluso cuando no hay más programación y la única función que cumple en la noche cerrada es la de proporcionar una luz relativamente blanca en mi departamento vacío.

//

Cuando vino Ulises en plena madrugada yo estaba doblado sobre la cama con un dolor en la boca del estómago que me parecía totalmente nuevo, una forma seca de dolor. Antes había estado soñando: me había ido a Bellocq, había vuelto a ese pueblo perdido en la llanura bonaerense y después de haberme encontrado con Matías habíamos hecho un recorrido por los lugares más

característicos, acotados, los grandes silos, las calles de tierra, la casa donde viví durante dos años cuando era chico. Habíamos ido hasta un galpón lleno de trigo y había saludado a su papá, después de más de quince años de haberlo visto por última vez. Después habíamos ido hasta su casa y me había sorprendido al ver a su hermano más chico porque seguía igual que hacía quince años, con la misma estatura y la misma apariencia, pero sobre todo me sorprendía una triplicación que había sufrido: había otro hermano igual jugando con él como si fuesen gemelos y un tercero un poco más bajo pero que aparentaba ser considerablemente más viejo, como si hubiera pasado la línea de los cincuenta años. Después habíamos entrado a la cocina, había saludado a su mamá y habíamos hablado de cómo seguía todo en el pueblo; me había contado que este tercer hermano era un problema para ella porque desde la separación con su marido, ante la aparición de algún pretendiente, la celaba, la espiaba y le hacía la vida imposible.

En otro momento de la noche también había estado soñando con mi familia, en un living de uno de los dúplex de este mismo fonavi, con una luz suave y una mosca o una clase de insecto de vuelo estático que estaba ahí, volando y produciendo la sensación de haberse paralizado todo, felizmente, mientras hablábamos envueltos en esa luz hermosa. Después, cuando me desperté y dejé de soñar me vino este dolor nuevo en el estómago y apareció Ulises, el gato del departamento de al lado que suele meterse en el mío y quedarse hasta muy tarde, para en algún momento de la madrugada entrar a mi habitación y pedirme salir por la ventana. Así que cuando vino yo estaba doblado sobre la cama y me paré desnudo como pude y le abrí la ventana por donde entró un frío nocturno, y Ulises no se animó a salir porque había una montaña de frazadas acumuladas en la mesa donde a veces leo (y que está justo abajo de la ventana), por lo que tuve que alzarlo y acercarlo a las rejas por donde se contorsionó con mucha habilidad y salió disparando, agarrado al poste que pasa bordeando la pared del monoblock, hasta que desapareció por el techo.

//

Desde hace unos días no puedo escribir nada de ese texto estructurado en bloques que intenta llegar al fondo de las cosas. Por lo tanto mis alternativas se reducen considerablemente. Apenas salgo de mi departamento al barrio de al lado, a hacer alguna compra a uno de los almacenes que hay en los bulevares internos. El resto del tiempo lo paso mirando por la ventana o viendo televisión, por lo general buscando alguna transmisión maratónica. No me siento mal pero sé que cada día que pasa sin haber escrito una sola línea es un día perdido en términos productivos. En cambio cuando cuidaba a la Lechuza este era mi estado natural y las raras veces que pasaba algo por afuera de mi rutina chata, sobre todo en el contexto de las construcciones conglomeradas, de materiales precarios en las calles de tierra, lo miraba distanciado como a través de una pantalla. Así tenía la cabeza y en algún punto esa solución química que encontré a los costados de la cama fue, sencillamente, una solución a secas. Más allá de los diálogos insustanciales con la Lechuza y de los limitados encuentros con la gente que tomaba algo en la vereda, gente mayor y gente joven que acertadamente me veía como un personaje secundario (que no

podía proveer de mucho más que de informaciones contingentes en relación al tránsito en una rotonda de entrada o al nivel de barro en alguna calle un día de lluvia), más allá de esos encuentros ocasionales la villa solía ponerme enfrente espectáculos a los cuales no estaba acostumbrado y que los entendía como propios de ese lugar y de ningún otro. Una manifestación de vecinos, por ejemplo, con carteles improvisados y grandes gritos, que pasaban por dos calles paralelas a la de la Lechuza y que pedían justicia por un chico que había sido prendido fuego por otro grupo de chicos, en el patio de su casa mientras dormía en el interior de un auto sin motor. La gente pedía justicia en las calles del barrio mientras dos cámaras de televisión los iba siguiendo a todos, y a mí me pareció un espectáculo gratuito, al fin de cuentas como había sido la muerte de ese chico que aparecía impreso en blanco y negro en los papeles de los carteles. Me acuerdo que en aquel entonces me costó entender la dimensión de las cosas, la legitimidad del reclamo, y de haber visto a aquel grupo de personas (incluyendo los camarógrafos y cronistas), caminando abajo de un sol fuerte de mediodía, como una gran puesta en escena destinada a romper con la calma pacífica de esas calles a la siesta. Y cuando finalmente entré de nuevo a la casilla de la Lechuza y ella me preguntó qué era todo ese ruido le dije que era un grupo de gente, fomentistas, que estaban pidiendo “por las cosas del barrio”. Esa fue mi respuesta y fue la construcción discursiva más compleja a la que pude recurrir, que me parecía reflejaba de manera más clara y contundente la situación que se estaba viviendo. La gente había salido de sus casas para pedir por las cosas del barrio.

En cambio, otro mediodía nublado tuve que presenciar una imagen soberbia, y esa sí en mi estructura mental significó la generación de un sentimiento de empatía muy fuerte, a tal punto que durante el día, cuando ya había pasado todo, por momentos en la casa de la Lechuza me venía un llanto incontenible. Tenía que levantarme de la mesa y salir al patio para disimular cada vez que se me venía la imagen a la cabeza. Un operario, después de que intentara arreglar un colectivo que había quedado atascado en una zanja (producida en una calle de tierra por el agua que corre en los días de lluvia), había tenido que ser llevado en una ambulancia acostado en una camilla por un fuerte golpe en el pecho a raíz del desprendimiento del terreno. Yo solamente había visto irse a la ambulancia, mientras el colectivo todavía estaba trabado en la calle hundida, y después de unos minutos al dueño de la compañía de colectivos separado de la multitud, llorando solo contra un poste, envuelto en una nube de tierra, desconsoladamente. Y esa fue la imagen que me produjo una impresión tan profunda, aquel dueño que lloraba por la salud de su empleado, la forma infantil de llorar de aquel hombre envuelto en una nube. El operario finalmente perdió la vida en el hospital, pero eso no me impresionó tanto como la imagen del dueño de la compañía. Durante días mientras cuidaba a la Lechuza me sentí devastado. Había algo de una sensibilidad fraternal en la forma en que lloraba este hombre, pero sobre todo una terrible conciencia de lo irremediable: se reflejaba un sentimiento trágico que después me pareció ver impregnado en cada cosa de la villa, en cada auto desvencijado, en cada calle polvorienta, en cada construcción no planificada emergiendo de los terrenos baldíos, precisamente con la fuerza de la fatalidad.

Estos fueron los dos grandes acontecimientos en la villa durante el año que tuve que cuidar a la Lechuza, acontecimientos de los cuales pude ver con mis propios ojos algunas imágenes parciales. Después, todo lo demás en los días insignificantes eran noticias que me llegaban incluso a través de la propia Lechuza: el suicidio de algún chico o los abusos sexuales reiterados por parte de un vecino hacia su hijastra. Estas noticias eran pasadas a través de un filtro poderoso que había en mi cabeza y no me afectaban en lo más mínimo. Correspondían (a diferencia de la muerte de aquel operario que había venido de afuera) a los sucesos lógicos del barrio, a lo que de lógica propia podía haber en aquel lugar: como la música muy fuerte a la siesta, la cumbia del polaco rubio sonando todo el tiempo, o los grupos de chicos a la noche en las esquinas. Todo, para mi cabeza como un biombo, pertenecía al mismo orden de cosas. Ahora, en cambio, mi actividad mental es muy distinta y el tiempo que paso sin escribir lo siento irrecuperable. Hace días que lo único que hago es mirar por la ventana, moverme por el departamento como un animal encerrado, sin la capacidad para terminar de cuadrar ninguna idea ni poder sentarme en la computadora y escribir un párrafo. Miro televisión cuando encuentro algo que me interesa, alguna sesión en el Congreso, y vuelvo a la computadora para mirar el texto y recorrerlo de arriba a abajo. No escribo. Voy a la habitación y me acuesto mirando el techo, que refleja la luz de una lámpara. Intento leer textos programáticos teóricos y tampoco, casi nunca puedo. Vuelvo a la computadora y abro el archivo con el texto que intenta llegar al fondo de las cosas, aplico el zoom que permite el procesador y lo sobrevuelo por arriba: en la página veinte hay un horizonte lluvioso.

//

Una persona pobre puede entrar al Congreso de la Nación y seguir una sesión especial de diputados directamente desde uno de los palcos. Puede detenerse en los ornamentos de las paredes altísimas y en las columnas que suben. Puede ver la herradura de butacas cerrándose en orden de importancia hasta reducirse a una mesa con pocas personas. Puede ver el detalle de las butacas de cuero, perfectamente conservadas, alternando con sillas movibles de paño rojo para que se sienten los asesores de los diputados. Puede ver el tablero electrónico y los diputados trajeados, acercándose alternadamente al micrófono para emitir sus discursos, algunas veces acalorados y otras no, sobre una alfombra roja repleta de papeles diseminados. Puede ver, siempre desde arriba, a los diputados que están sentados y a los que caminan por el recinto con carpetas, los que se encuentran y hablan mientras la sesión está en su curso. Puede ver los palcos enfrente suyo, repletos de personas y cámaras de televisión. Puede ver el movimiento en las butacas y cómo entra una fila de fotógrafos ante una inminente resolución o juramento, y cómo los que estaban sentados en la mesa paralelamente a las butacas son fotografiados atrás de la Constitución Nacional y los Santos Evangelios. Puede ver cómo se desordena todo en un segundo y empiezan a bajar cantos desde los palcos como si fuese una cancha de fútbol.

Una persona pobre puede entrar al Congreso de la Nación y ver, en definitiva, un gobierno de nadie.

//

Hace días que empecé a pensar en la posibilidad de pasar una semana afiebrado. Algo me decía que mis defensas habían bajado considerablemente y desde hace dos días me encuentro afiebrado.

La fiebre, escribí hace mucho, “es un lugar adonde uno está y listo”. Ahora con casi 39 grados me doy cuenta de que es así. Además, en otro tiempo leí que la fiebre es algo secreto, una instancia donde uno se acerca a un conocimiento vedado a la conciencia cotidiana, “como caer en un pozo por el que nadie puede seguirte”. Y algo de eso hay, de materialidad topográfica en los delirios de la fiebre y de oscura revelación, en los cambios bruscos de temperatura, en el sudor frío que te despierta en plena madrugada. El cuerpo acalorado te despersonaliza y cada pensamiento viene cargado de una semántica ajena a partir de la cual la estructura febril (tanto los signos visibles en el cuerpo como los procesos interiores incapaces de ser vistos en primera instancia) toda la estructura febril, decía, adquiere aquel carácter secreto.

No obstante la fiebre volví a la escritura del texto que intenta llegar al fondo de las cosas. Me pareció que el hecho de estar cerca de un conocimiento extraordinario debía ser operativo para volver a determinados procesos de pensamiento y sobre todo de producción. Las imágenes que nacen del centro mismo de la fiebre, por lo general desordenadas, implican una posibilidad nueva en términos cognoscitivos, pero también estéticos. Me refiero a que la parte febril de aquel texto tiene el ritmo impuesto por la fiebre: a diferencia de los fragmentos de este diario aquella parte la escribo cuando está en su punto más alto. Duermo mucho y mal, y me siento como puedo en la computadora a reflejar ese estado. Cuando baja, después de haber tomado un jugo de naranja exprimido y algún analgésico, puedo sentarme a mirar televisión o acostarme de nuevo en la cama e intentar dormir sin la omnipresencia del secreto acechando todo el tiempo, sin esa especie de lengua caliente y oscura “que te lame y te lame hasta (que finalmente logra) despertarte”.

En el baño por un momento quedé paralizado en pleno brote de la fiebre. Después de haber estado sentado en el inodoro un rato, cuando quise tirar la cadena vi las grietas en eso que estaba flotando en un agua ya turbia y me pareció que en sus hendiduras, como le había pasado al Pitufito en dudosas facultades intelectuales con su mesa del living, había un mensaje a decodificar. Me quedé un rato mirando atentamente los matices del color y las hendiduras ramificadas conformando un itinerario discontinuo y, como pude, a partir de una relación libre e instantánea, fui a la computadora para abrir un archivo con un poema que Kosac me había pasado hacía mucho, cuando iba a chatear a un ciber, y que contenía, en principio, la misma imagen que estaba tratando de entender. Entonces me encontré con “tres mierdas de forma parecida” leídas en términos de arte poética y más allá de en algún punto cierta analogía con mi propia escena (en la similitud de algunas imágenes precisas como “trazos gruesos marrón oscuro” y en tanto en el poema esas mierdas se presentan como “una posibilidad de abstracción”), más allá de estas similitudes sentí que quedaba un espacio vacío en el propio objeto, marrón flotando en un agua turbia, que no pasaba por la serie de significados y connotaciones a partir de

los cuales se sostiene una metáfora. Había en mi inodoro una mierda propia, con el status innegable de un objeto material, que pasado por el filtro de la fiebre me quería decir algo por sí solo en sus mismas hendiduras y matices de color, en la forma de flotar y teñir el agua, que no terminé de entender nunca y que hizo que sintiera a aquel texto que intenta llegar al fondo de las cosas, cada vez más, como un producto inacabado.

//

En un cuaderno de anotaciones que casi no uso:

«Me gustaría escribir poesía aunque escribí que “no puedo escribir poemas”, y que “no me desvela no poder escribir poemas”.

La poesía tiene su propia lógica formal. La instancia de cortar un verso está llena de significado.»

El único poema que escribí, hace ya bastante, es uno mentiroso:

### **La anterior caracterización**

La anterior caracterización no quiere  
en primer término  
quebras en el orden económico  
pensamiento político del grupo  
para los nacionalistas la solución  
esa aceptación obliga  
el sector triunfante

decididamente neutralistas del Ejército.

Hay dos grandes factores que movilizan o paralizan un texto escrito en prosa: la acción y la falta de acción. Puede haber un equilibrio entre estos extremos o puede generarse una estructura asimétrica. Cuando hay acción la lectura se hace ágil, los párrafos transcurren vertiginosamente. Cuando no la hay la lectura se traba, se requiere un trabajo adicional para no quedarse afuera de las digresiones del texto. Estas digresiones tienen su función, así como la tienen las secuencias que narran un acontecimiento. Las digresiones, no obstante, pueden desembocar en una anécdota y las secuencias que narran un acontecimiento pueden ser analizadas a partir de preceptos teóricos. Estos cambios en el ritmo del texto, producidos a partir de la acción o la ausencia de acción, más allá de lo que cada secuencia esté transmitiendo desde un punto de vista semántico, están repletos, como en la poesía, de un significado formal. Cuando uno aplica el zoom que permite el procesador, sin embargo, estas diferencias desaparecen. El texto se transforma en un bloque compacto y homogéneo que dibuja formas abstractas con los espacios blancos que se generan entre las palabras. El texto, el tejido minucioso, adquiere un significado

nuevo: los patrones estéticos de la obra plástica empiezan a desplazar a toda otra relación de sentido.

//

En los días festivos, sobre fin de año, a riesgo de exponerme más de la cuenta solía merodear la vereda: el movimiento del barrio en algún punto me atraía. Los petardos sonando abajo del sol en contraste con la habitación oscura de la Lechuza y el ruido de tanta gente afuera trasladándose de un lugar a otro, de un almacén a otro con botellas de cerveza, era para mi acotada concepción de las cosas una verdadera fiesta. Me había erigido en una especie de informante de la Lechuza, que prefería la sombra pero seguía interesada en los movimientos del barrio, por lo que cada una hora salía a buscar la novedad y me sentaba sobre un bloque de cemento a ver pasar la gente. Ya conocía cada detalle del recorte de la cuadra: las construcciones en altura sin revocar que se abren a pasillos internos, la pared de enfrente con la publicidad artesanal de una gaseosa, las mediasombras colgando en el interior de los pasillos, los cables que cruzan la calle y que forman un entrelazado caótico, un Ford Taunus amarillo estacionado encima de la vereda. Llegué a conocer el escenario casi de memoria y era a partir de un intento de mimetización con el ambiente que trataba de ver el elemento nuevo, lo que se destacaba o podría interesarle a la Lechuza.

Dos días antes de navidad salí de la casa de la Lechuza con la intención de siempre y me ubiqué en el bloque de cemento a ver pasar la gente. A veinte metros, en la vereda, había un grupo familiar: un viejo y un gordo tomando sidra con unos pibes alrededor de una camioneta blanca. En un momento pensé que su cercanía, y sobre todo el ambiente festivo que los envolvía, los gritos a veces demasiado fuertes, podrían llegar a presentarme algún problema. Casi al instante el gordo me gritó que me acercara y entonces entendí que había pasado el límite de lo que en un principio, cuando llegué a la villa por primera vez, era un grado aceptable de exposición. No pude más que acercarme al gordo, entre las miradas de los pibes sentados en la camioneta con las puertas abiertas, y vi que quería ofrecerme un trago de sidra e integrarme aunque fuese momentáneamente a su grupo familiar. Agarré la sidra y tomé del pico mientras el viejo salía del interior de la casa con una banqueta en la mano para que me sentara y pasara a formar parte del cuadro que hacía unos segundos podía ver como a través de una pantalla. Afortunadamente nadie me preguntó qué hacía ni me preguntó, sobre todo, qué vínculo me unía a la Lechuza. Solamente siguieron como cuando no estaba, agregándome a la ronda de la sidra fría y haciéndome algún comentario aislado. El viejo y el gordo, a diferencia de los pibes, parecían estar borrachos. Dos pibes se quedaron y otros dos fueron en la camioneta a hacer una “onda”, literalmente, mientras los demás seguimos abajo del sol de la siesta casi navideña festejando la inminencia de otro fin de año. Unos chicos más chicos a veces salían de la casa y tiraban algún petardo. En una ocasión me tiraron uno entre los pies y cuando explotó el gordo se rió exageradamente. Otro de los chicos más chicos en un momento se acercó al viejo y le preguntó “¿adónde fue el Tico?” y el viejo le contestó “me fue a comprar una remera”. Yo trataba de no exponerme más de la cuenta, por lo que me limitaba a agarrar la sidra y



después de tomar unos tragos a hacerla circular. Las interacciones me parecían festivas y llegué a pensar que si aceptaban mi condición pasiva (como un rasgo de mi propia naturaleza) hasta podía insertarme bien en ese contexto nuevo. Un borracho crónico, desalineado, con la cara colorada por el vino y el sol, apareció de una casilla a mitad de cuadra y cuando estaba cerca de nuestro grupo el gordo le dijo “vení, tomate un trago”, con la evidente intención de seguir engrosando los límites de lo que era, a esta altura, nuestra propia familia. El borracho pasó al lado nuestro y le dijo “no, no, ahora vuelvo, aguantame”. Siguió hasta la esquina opuesta a la que venía y se encontró con dos mujeres, hablaron algo y volvió sobre sus pasos adonde estábamos nosotros otra vez y cuando llegó se saludó, ahora sí, formalmente con el gordo: “¿qué hacés Marito? ¿Todo bien?”, le preguntó el gordo y el borracho le contestó “todo rebien”. Se quedó un rato parado al sol tomando la sidra que le llegaba a las manos y sin decir más nada siguió caminando por donde había aparecido la primera vez. “Suelda abajo del agua”, me dijo el viejo cuando se fue. “¿Quién?”, le pregunté yo. “Este que pasó”, me respondió él, “gana guita”. “¿Y qué hace con la plata?”, le pregunté mientras veía cómo se iba tambaleando. “Se la toma”, me dijo el viejo, entonando las palabras de manera voluntaria como quien dice algo que no tendría que decir de tan evidente.

Cuando unos minutos después dije “San Martín” para responder a la interpelación “vos que fuiste a la escuela, ¿quién es el padre de la patria?” y el viejo me rectificó con “el padre de la patria fue Perón”, haciendo que el gordo estallara en una nueva carcajada, ya no me sentía para nada cómodo y si hubiese querido no podría haber disimulado mi impericia para absolutamente todo: adquirir un disfraz, saber mentir o sencillamente ver qué cosa teníamos en común. Me hundí en la silla mientras uno de los chicos le volvió a preguntar al viejo “¿adónde fue el Tico?” y el viejo le respondió “me fue a comprar una remera” en el mismo momento en que el Tico volvía en su camioneta blanca, sin ninguna remera, y estacionaba al lado nuestro abriendo las puertas para que pudiéramos escuchar las canciones del polaco. A partir de ahí me quedé callado pensando en cómo iba a salir de esa silla de una manera decente y me acordé de la Lechuza, sola en una habitación esperándome desde ya hacía rato. Y cada vez más hundido vi cómo doblaba un colectivo rojo levantando tierra, zumbando, y en uno de sus vidrios se reflejó el sol dejándome ciego por un instante, totalmente indefenso, sin un arma ni la estatura moral para empezar a los tiros porque sí, como si fuese Mersault en ese rapto pasajero de ceguera blanca producida por el sol.

\*\*\*

Junio, 2010

Siempre supe que aquel texto que intentaba llegar al fondo de las cosas se iba a caer, más tarde o más temprano, por la fuerza de su propio peso. De esa intención quedó un ícono en el escritorio de mi computadora que representa un número cerrado de páginas que cifran mi predisposición al fracaso. Y al mismo tiempo la posibilidad encubierta de ser otra cosa. Puedo ponerme al servicio de la técnica, vender mi fuerza de trabajo, reconfigurarme al status de mercancía. Ayer, por ejemplo, pude haber estado en una mesa de saldos, sucio y con la

barba crecida ante la vigilancia de los empleados, mirando libros que sabía de antemano no iba a comprar, haciendo tiempo entre una mesa y otra sin la convicción para meter un libro entre mi campera marrón con capucha, vieja pero resistente como si hubiera sobrevivido a una guerra, y al otro día estar afeitado trabajando en la redacción de un diario procesista, llevando *papers* con noticias recortadas desde una agencia opositora que intentan construir un relato por sí mismas, más allá de los matices que pueda darles en mi condición de empleado, de redactor raso alrededor de otras cincuenta computadoras que están recibiendo los mismos partes de prensa.

## **Auditoría**

La obra literaria como si fuese un contrato financiero: norma literaria y valor. Estas normas requieren que el auditor planifique y desarrolle la Auditoría para formarse una opinión acerca de la razonabilidad de la información significativa que contengan los Estados Literarios considerados en su conjunto, preparados de acuerdo con las normas literarias.

Alcance de la Auditoría: una Auditoría incluye examinar, sobre bases selectivas los elementos de juicio que respaldan la información expuesta en los Estados Literarios y no tiene por objeto, ni necesariamente permite, detectar delitos o irregularidades intencionales. Una Auditoría constituye evaluar las normas literarias utilizadas y como parte de ellas la razonabilidad de las estimaciones de significación hechas por la Administración. He verificado mediante pruebas selectivas que el Estado de Resultados expresa el contenido de la información que surge de la documentación respaldatoria de las operaciones realizadas y que han sido puestas a mi disposición. En mi opinión: los Estados Literarios concuerdan con los registros literarios, los que han sido llevados de acuerdo con la técnica literaria.